

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SR. FELIPE PÉREZ ROQUE,
MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE LA REPÚBLICA DE CUBA, EN EL
DEBATE GENERAL DEL 56° PERÍODO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA
GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS.
NUEVA YORK, 13 de noviembre del 2001.**

Señor Presidente:

Antes de pronunciar mis palabras, deseo expresar nuestras condolencias a Estados Unidos, República Dominicana y demás países aquí representados que hayan perdido algún ciudadano entre los numerosos pasajeros y tripulantes fallecidos en la tragedia que tuvo lugar ayer con el vuelo 587 de la compañía American Airlines, y hago extensivas estas condolencias a los familiares de los mismos.

Señor Presidente:

Hay que detener la guerra en Afganistán. El gobierno de los Estados Unidos debe reconocer que se ha equivocado, y debe parar su inefectiva e injustificable campaña de bombardeos contra ese pueblo.

Por sus resultados, esta guerra pareciera haber escogido de enemigo a los niños, la población civil, los hospitales y las instalaciones de la Cruz Roja Internacional. Por sus métodos, no habría voz honesta que se levante en esta sala para defender una matanza interminable, con el armamento más sofisticado, de un pueblo desposeído, hambriento e indefenso. Por sus dudosos propósitos, esta guerra no podrá ser jamás justificada desde el punto de vista de la ética y el derecho internacional. Sus responsables serán un día juzgados por la historia.

Cuba se ha opuesto desde el principio a esta guerra como método absurdo e ineficaz para erradicar el terrorismo, y reitera que ésta sólo podrá traer más odio y los peligros crecientes de nuevas acciones de este carácter. Nadie tiene derecho a continuar asesinando niños, agravando la crisis humanitaria, lanzando a la miseria y a la muerte a millones de refugiados. Si Estados Unidos obtuviera una victoria militar liquidando toda resistencia regular e irregular afgana, algo nada fácil en la práctica y extraordinariamente costoso en el orden moral, ya que implicaría un verdadero genocidio sin alcanzar el objetivo que debemos buscar, el mundo estaría más lejos que nunca de lograr la paz, la seguridad y la erradicación del terrorismo. La palabra de Cuba no está sustentada en sentimientos de rencor contra quien ha sido nuestro encarnizado adversario a lo largo de más de 40 años. Está inspirada en un sincero espíritu constructivo y de respeto y amistad hacia el pueblo de los Estados Unidos, que sufrió el injustificable y atroz acto terrorista. Está basada, además, en la aspiración de paz y justicia para todos los pueblos del mundo.

Lo que Cuba expresa en esta sala con toda franqueza podrá no gustar a los que hoy dirigen a Estados Unidos, pero será comprendido algún día por el pueblo norteamericano, de cuya nobleza y sentimiento de justicia el pueblo cubano tuvo pruebas, cuando contó con el apoyo del 80 por ciento de la opinión pública de ese país, en nuestra lucha por impedir que un niño cubano secuestrado fuera arrebatado a su familia y sometido a burdas manipulaciones políticas y crueles torturas psicológicas.

Lo que Cuba dice desde esta tribuna, lo sabemos bien, es lo que muchos comentan en los pasillos de este edificio.

¿De qué coalición internacional se habla? ¿En qué sustenta su legitimidad, si ha comenzado por ignorar escandalosamente a la Asamblea General de las Naciones Unidas? Estados Unidos no ha fomentado la colaboración internacional, sino que ha impuesto de manera unilateral su guerra y ha proclamado insólitamente que quien no la secunde está junto al terrorismo. ¿Hasta cuándo durará el precario apoyo obtenido, no de la comunión de objetivos y la concertación voluntaria, sino de la imposición mediante la amenaza y las presiones?

Se puede ser el más fuerte, pero no necesariamente tener razón. Se puede inspirar temor, pero no simpatía y respeto. Sólo de una auténtica colaboración internacional, en la que puedan participar todos los países, grandes y pequeños, con plena comprensión de las posiciones de todos, con amplitud de espíritu y tolerancia en los métodos, dentro de los marcos de la Organización de Naciones Unidas y el acatamiento irrestricto a los principios proclamados en su Carta, podrá surgir una alianza realmente efectiva y duradera para luchar contra el terrorismo.

El mundo recibió con sorpresa el anuncio oficial de Estados Unidos al Consejo de Seguridad de que se reservaba el derecho de decidir atacar en el futuro a otros países. Después de esto, ¿qué queda de la Carta de las Naciones Unidas? ¿Es que acaso puede entenderse esta amenaza sin precedente como un ejercicio del derecho a la legítima defensa, estipulado en la Carta como derecho de un Estado para enfrentar la agresión hasta que el Consejo tome las medidas necesarias, y no como burdo pretexto para desatar agresiones contra otros países? ¿Es o no este anuncio la proclamación del derecho de una superpotencia a pasar por encima de las ya endeble e incompletas normas que protegen la soberanía, la seguridad y los derechos de los pueblos?

Cuba rechaza serena y firmemente ese lenguaje. No lo decimos precisamente preocupados por nuestra propia seguridad, pues no hay fuerza en el mundo capaz de aplastar nuestro espíritu de independencia, libertad, justicia social y el coraje de defenderlo a cualquier precio.

Lo decimos porque creemos que todavía es posible detener la escalada de una guerra inútil y brutal que amenaza con hundir aún más en la desesperación, la inseguridad y la muerte a los pueblos pobres del planeta, que no son culpables de acto alguno de terrorismo pero serán y están siendo ya las víctimas principales de esta insensatez.

Sólo bajo el liderazgo de las Naciones Unidas podremos derrotar al terrorismo. La cooperación y no la guerra es el camino. La coordinación de acciones y no la imposición es el método. Eliminar el terrorismo de raíz, derrotando entre otros factores sus causas, ha de ser uno de nuestros objetivos, y no la afirmación hegemónica del poderío de una superpotencia, haciéndonos cómplices de su arrogancia y arbitrariedad.

Por ello Cuba, que ya respondió al llamado del Secretario General expresando su decisión de ratificar de inmediato la totalidad de los instrumentos jurídicos internacionales en materia de terrorismo, apoya decididamente la adopción de una convención general sobre el terrorismo internacional. Por supuesto, esto sólo sería posible en el marco de esta Asamblea General, ahora ignorada por los propulsores de la nueva campaña, pero donde realmente han sido aprobadas en los últimos diez años, ante el silencio y la apatía del Consejo de Seguridad, las principales resoluciones y declaraciones que abogaron por el desarrollo de un combate frontal contra el terrorismo.

Ello nos permitirá por fin precisar con exactitud la definición de terrorismo. Hay que impedir

que unos pocos interesados traten de calificar como tal el derecho de los pueblos a luchar por su autodeterminación o contra la agresión extranjera. Hay que establecer con claridad que el apoyo, la incitación, la financiación o el encubrimiento de acciones terroristas por parte de un Estado es también un acto de terrorismo.

Cuba, a la par que trabaja para dotarse en muy breve plazo de su propia Ley contra el Terrorismo, apoya sin reservas la convocatoria de una conferencia internacional sobre el terrorismo, bajo la égida de las Naciones Unidas. Esta ha sido una vieja aspiración del Movimiento de Países No Alineados, y deberá permitirnos encontrar, como fruto de la discusión abierta, de la acción colectiva, de la concertación respetuosa y no discriminatoria, y no de la amenaza, el terror y la fuerza, el camino para la erradicación definitiva del terrorismo y sus causas; no sólo del que pueda cometerse contra Estados Unidos, sino del que se cometa contra cualquier otro país, incluso desde el propio territorio de los Estados Unidos o con la tolerancia o la complicidad de sus autoridades, como ha sido por más de cuatro décadas la dolorosa experiencia de Cuba.

Señor Presidente:

Hace solo 4 días órganos de prensa pakistaníes publicaron declaraciones que atribuyen a un personaje, muy popularizado y conocido por Estados Unidos, en las que desde territorio afgano se declara poseedor de armas químicas y nucleares y amenaza con utilizarlas contra ese país, si armas similares son lanzadas contra Afganistán por Estados Unidos.

Todo el mundo sabe que en Afganistán no existe ni la más mínima posibilidad de producir y lanzar armas nucleares y químicas. Únicamente puede concebirse la idea de que a un jefe u organización terrorista se le ocurra realizar una acción de ese carácter con medios nucleares o químicos. En teoría esto es posible y es una de las consecuencias de la irresponsabilidad de importantes potencias nucleares, el comercio de armas, la corrupción y el trasiego ilícito de todo tipo de tecnologías militares. Varias de esas potencias han sido cómplices y han participado de acuerdo a sus intereses en el trasiego de material fisionable y la transferencia de tecnologías nucleares, pero sería bien ridículo acudir a amenazas de ese tipo en las condiciones concretas de la guerra en Afganistán y quien lo hiciera estaría dando muestras de una enorme ignorancia política y militar. Si no se dispone de tales medios, sería un peligroso *bluff* y si se dispone de alguno una verdadera locura amenazar con usarlo.

Si tales amenazas contenidas en la declaración publicada en dos órganos de prensa pakistaníes fuesen ciertas merecen la más enérgica condena, aun en caso de que armas de ese tipo se llegasen a utilizar contra Afganistán. Tal reacción sería estúpida, porque en ese caso el único recurso de ese sufrido y pobre país sería la repulsa universal contra el empleo de dichas armas. Amenazas de ese tipo solo sirven a los intereses de las fuerzas extremistas y belicistas de Estados Unidos, partidarias del empleo de las armas más sofisticadas y de exterminio masivo contra el pueblo afgano. La mejor arma de un pueblo agredido es conquistar y preservar la simpatía del mundo, y no permitir que nadie viole el principio ético de que si alguien mata niños otro no adquiere derecho a matar niños; de que jamás sería justo matar inocentes para vengar muertes de inocentes.

Cuba ha declarado, sin vacilación alguna, que está contra el terrorismo y está contra la guerra.

No tiene compromiso con nadie y será consecuente con sus posiciones. La verdad y la ética deben imponerse por encima de todo.

El desarrollo de los acontecimientos, la multiplicación de los odios, pasiones y peligros

potenciales, demuestran cuán justa era la profunda convicción de que la guerra no era, ni es, ni será nunca el camino para erradicar el terrorismo.

Señor Presidente:

La más grave crisis económica y social que ha sufrido nuestro planeta, nacida a mediados de la pasada década del fracaso estruendoso e irreversible del neoliberalismo y de la globalización neoliberal, se ha agravado dramáticamente por esta guerra impuesta por uno, pero cuyas consecuencias sufrimos todos.

Hay que detener esta guerra no sólo por sus consecuencias para la población civil afgana, por los peligros de desestabilización de aquella región, no sólo para salvar de una muerte sin sentido a miles de norteamericanos “especialmente jóvenes”, de afganos y de otras nacionalidades, no sólo para preservar un clima de paz y estabilidad internacional, sino porque esta guerra torna definitivamente en un imposible el objetivo proclamado por las Naciones Unidas, hace ya quince años, del derecho al desarrollo para todos y la igualdad de oportunidades para alcanzarlo. Porque convierte en letra muerta la decisión que tomamos hace tan solo un año de trabajar juntos para erradicar la pobreza de la faz de la Tierra.

¿Estaremos dispuestos a organizar una coalición contra la pobreza, el hambre, la ignorancia, las enfermedades, el flagelo del SIDA que hoy devasta al continente africano, una coalición por el desarrollo sostenible, por la preservación del medio ambiente y contra la destrucción del planeta?

Se ha convocado a una coalición de venganza por la muerte dolorosa e injustificable de miles de personas inocentes en Estados Unidos. Unámonos para buscar justicia contra este gran crimen y hacerlo sin guerra; unámonos para salvar de la muerte a cientos de miles de mujeres pobres que perecen cada año en el momento del parto; unámonos para salvar de la muerte a los doce millones de niños que mueren por causas prevenibles cada año en el Tercer Mundo antes de cumplir los 5 años de edad; unámonos para llevar medicamentos contra el SIDA a los 25 millones de africanos que hoy esperan la muerte sin esperanzas; unámonos para invertir en el desarrollo siquiera una parte de los miles de millones que se han gastado ya para bombardear un país en el que no queda prácticamente nada en pie.

Cuba reclama que esta Asamblea General, el Consejo de Seguridad y la Organización de Naciones Unidas en su conjunto encaren nuevamente, entre sus máximas prioridades, el debate de estos problemas, de los que depende la vida y la muerte de 4.500 millones de habitantes del Tercer Mundo, cuyos derechos y esperanzas han quedado también sepultados bajo las Torres Gemelas.

Señor Presidente:

Cuba reitera su categórica condena a la acción terrorista del pasado 11 de septiembre. Cuba reitera su condena al terrorismo en todas sus formas y manifestaciones. Cuba reitera que no permitirá que su territorio sea utilizado jamás en acciones terroristas contra el pueblo de los Estados Unidos o de cualquier otro país.

Cuba tiene moral para hacerlo, porque durante más de cuarenta años ha sufrido las acciones terroristas; porque viven en Cuba los familiares de casi 3.500 cubanos muertos como consecuencia de agresiones y actos terroristas; porque todavía reclaman justicia más de 2 mil cubanos incapacitados como consecuencia de agresiones y actos terroristas. Por luchar contra el terrorismo, hijos suyos han sido víctimas de crueles persecuciones, despiadado

trato, e injustos y calumniosos procesos.

El pueblo de los Estados Unidos es víctima no sólo del terrorismo y del pánico, sino también de la falta de información veraz, la manipulación y la cuestionable limitación de sus libertades.

Cuba no alienta el odio hacia el pueblo norteamericano, al que no hace responsable de nuestros sufrimientos por el terrorismo, las agresiones y la injusta guerra económica que hemos tenido que resistir durante prácticamente toda nuestra vida, y con el que comparte la aspiración de sostener algún día relaciones basadas en el respeto y la colaboración.

Señor Presidente:

Si a alguno de los presentes estas palabras, a nombre de un pequeño pueblo generoso y valiente, le han ofendido, le ruego me excuse. Hablamos con franqueza. Las palabras existen para defender la verdad, no para ocultarla. Somos rebeldes contra la injusticia y la opresión. Tenemos moral, defendemos nuestras ideas al precio de nuestras vidas. Se puede ganar nuestro apoyo para cualquier causa justa, pero no se nos puede doblegar por la fuerza, ni imponer fórmulas absurdas ni aventuras bochornosas.

Hace ya muchos años hemos proclamado que para nosotros, los cubanos, el dilema histórico es: "¡Patria o muerte!" He ahí nuestra confianza y nuestra seguridad de que somos y seguiremos siendo un pueblo digno, soberano y justo.

Muchas gracias.